

las grandes acciones que terminan son aún de fecha demasiado reciente para que el nuevo arte que se inicia pueda recoger la imagen y expresar la sinceridad; unas veces presentan la aurora de esta hermosa luz, otras muestran todavía la decadencia, y así puede seguirse en aquellas hileras de sepulcros la historia del género humano desde su nacimiento hasta su virilidad y su decadencia.

En el sepulcro del dux Morosini, muerto en 1382, la pura forma gótica se extiende con todas sus elegancias. Un arco floreado festonea de encajes de mármol la caja mortuoria; á los lados se alzan pequeñas torrecillas, de arte exquisito, sostenidas por columnitas cargadas de trefles, bordadas de figulinas, erizadas de campanitas y torreonnes, especie de vegetación delicadísima en que el mármol se despliega como una planta espinosa que extiende juntamente sus flores y sus espinas. El dux tiene las manos cruzadas sobre el pecho.

Aquellos son verdaderos monumentos funerales; una alcoba, á veces con un dosel ó sus cortinas, un lecho de mármol esculpido, ornamentado, como el estrado de madera en el cual los miembros del hombre vivo reposarían durante la noche, y sobre aquel lecho, el hombre muerto, vestido como de ordinario, tranquilo en su sueño, confiado y piadoso porque ha dejado ya la vida; verdadera efigie sin énfasis ni angustias, que da á los supervivientes la idea de una imagen grave y pacífica que deben retener en su memoria.

Esa es la seriedad de la Edad Media. Sin embargo, ya bajo la severidad religiosa vese perder el sentimiento de la forma corporal viviente, que será verdaderamente descubierta en el siguiente siglo. En el mausoleo del dux Marco Corner, entre las cinco arcadas ojivales bordadas de trefles

y coronadas de finos campanarios, Virtudes y ángeles de rostro gozoso, vestidos con amplias túnicas, parecen mirar con expresiones espontáneas y admirables. En esta aurora del descubrimiento, el artista arriesgaba ingenuamente las fisonomías y colocación de las cabezas, que los maestros ulteriores han rechazado por dignidad y por obedecer á las reglas establecidas. En eso, el Renacimiento, que reducía el arte á la clásica nobleza, le ha aminorado verdaderamente, como los puristas de nuestro siglo XVII han empobrecido el rico lenguaje del XVI.

A medida que se avanza vese destacarse algún rasgo del nuevo arte. En la tumba del dux Antonio Versier, muerto en 1400, el paganismo del Renacimiento florece por un detalle de ornamentación: los nichos en forma de concha.

Todo lo demás es todavía anguloso, floronado, afilado delicadamente, y tanto la arquitectura como la escultura son góticas. También las cabezas son algo pesadas, torpes, demasiado cortas y sostenidas á veces por un cuello torcido. Los artistas copian la realidad; no han hecho todavía una elección definitiva de las proporciones, no saben el canon de los estatuarios griegos, están sumidos en la observación y la imitación de la vida, pero son deliciosas sus torpezas. La Madonna, que tiene el cuello torcido en demasia, ¡estrecha á su Hijo con tan viva ternura! ¡Hay tanta bondad, tal candor en las cabezas demasiado redondas de las jóvenes Virtudes! Las cinco vírgenes, en sus bellos nichos, ¡tienen una frescura y una juventud tan verdadera y tan penetrante! Nada me admira tanto como estas esculturas, por las cuales se va introduciendo el arte de la Edad Media. Todas esas obras son *inventadas*,

nacionales, burguesas á veces, si se quiere, pero de una vitalidad incomparable. El dominio claro y terminante de la belleza clásica no había venido á disciplinar el entusiasmo de los genios originales; había artes de provincia acomodadas al clima, al país, al conjunto de las costumbres que las rodeaban, libres todavía de las academias y de la influencia de las grandes capitales.

No hay nada en mundo que valga lo que la originalidad verdadera, el sentimiento completo é íntimo, el alma entera impresa en una obra; entonces esa obra es individual y tan rica de matices como el alma misma que le ha dado vida. Entonces se crea; el mármol se convierte en una especie de diario en el que se depositan todas las confidencias de una vida humana.

Si se dan algunos pasos siguiendo el curso del siglo, siéntese disminuir por grados esta sencillez y esta ingenuidad del arte. El monumento funerario conviértese en pompa heroica. Arcadas redondas alzan su noble curva sobre el muerto. Los arabescos se extienden graciosamente sobre sus pulidas orillas. Las columnas se alinean y muestran sus capiteles de acantos; en ocasiones se escalonan unas sobre otras, y los cuatro órdenes de arquitectura desarrollan sus mil variedades para recreo de los ojos. La tumba cámbiase entonces en un arco de triunfo colosal; algunas tienen veinte estatuas casi de tamaño natural. La idea de la muerte desaparece; el difunto no está tendido aguardando el día de la resurrección; está sentado y espera; *revive* en el mármol, como dice orgullosamente un epitafio.

Del mismo modo las estatuas que ornán estos monumentos se transforman por grados; hacia la mitad del siglo XV son todavía, y en ocasiones,

rigidas y torpes; las piernas de los jóvenes guerreros son un poco delgadas, como las de los arcángeles del Perugino; están cargados con rodilleras y botinas terminadas por una cabeza de león, en las cuales las reminiscencias de las armaduras feudales se confunden con la admiración hacia las antiguas maneras de vestirse. Cuerpos y cabezas, todo se acerca bastante á lo real; la excelencia de las figuras consiste en su seriedad involuntaria, en su expresión intensa y sencilla, en la energía de su actitud, en su mirar firme y profundo.

En las cercanías del siglo XVI ya se nota la posesión del movimiento fácil y desembarazado y la comodidad en las actitudes. Las telas se arrugan y se despliegan ampliamente en torno de los cuerpos robustos. Los músculos se marcan. Sin embargo, los jóvenes caballeros de la Edad Media son todavía atletas y efébos. Las vírgenes, inmóviles y encapuchonadas en sus severos mantos, comienzan á agitarse y sonreír. Sus túnicas griegas, fruncidas y majestuosas, dejan ver su seno desnudo y la silueta graciosa de sus pies encantadores. Inclínadas, medio tendidas, apoyadas sobre un costado, orgullosamente erguidas y graves, muestran bajo sus ropajes en desorden, las diversidades de forma viva, y el ojo sigue atento las curvas armoniosas del bello animal humano que tanto si se mueve como si está en reposo, en todas sus actitudes no hace más que vivir para ser dichoso y perfecto.

En ninguna parte son tan bellas como en la tumba del dux Vendramini (1). El arte es sencillo todavía y no ha dado más que la primera flor; la

(1) Muerto en 1470.

gravidad antigua subsiste toda entera, pero el gusto poético y pintoresco que comienza á implantarse derrama ya su riqueza y su esplendor. Bajo arcadas de florones de oro, en los claros de una á otra columna corintia, guerreros y mujeres vestidos á la antigua miran ó lloran. No se mueven, no pretenden llamar la atención; su expresión contenida no es más que fuerte. Es su cuerpo entero, es su tipo, es su estructura, es su cuello vigoroso, su amplia y magnífica cabellera; es su rostro, tan poco matizado, los que hablan. Una mujer eleva los ojos al cielo tristemente; otra, medio tendida, parece lanzar un grito; diríase que son figuras de Juan Bellin. Pertenecen á esa época poderosa en que el modelo, como el artista, reducido á cinco ó seis sentimientos enérgicos, pone toda su sensibilidad intacta en expresarlos y concentra en un esfuerzo las facultades completas, que más tarde se enervarán con el placer y se dispersarán en detalles.

Con el siglo XVI, todas las grandes pasiones terminan. Los sepulcros se convierten en grandes máquinas de ópera. El del dux Pesaro, muerto en 1669, no es sino una gigantesca decoración de teatro que se presenta llena de enfático lujo. Cuatro negros vestidos de blanco, arrodillados sobre otros tantos almohadones, sostienen la segunda parte del monumento, y sus rostros de negrillos jóvenes gesticulan sobre sus cuerpos de ganapanes; entre ellos, y formando ligero contraste, hay un esqueleto; en cuanto al dux, se presenta tras ellos con una importancia de gran señor que reprende á sus bufones. Vuelan quimeras á sus pies, un dosel se extiende sobre su cabeza, y á los dos lados hay grupos de estatuas que muestran actitudes sentimentales ó declamatorias.

Más allá, en la tumba del dux Valier, vese cómo el arte se retira para dejar paso á las nimiedades. La alcoba mortuoria se envuelve en un vasto cortinaje de mármol amarillento brochado de flores, sostenidas por una multitud de angelitos desnudos, rollizos como amorcillos. El dux tiene la dignidad de un magistrado, y su mujer, rizada, de ropaje fruncido, levanta delicadamente su mano con el aire de una viuda noble y orgullosa. Más abajo, una *Victoria* medio oculta entre las cortinas, corona al buen anciano, que parece de la familia de Belisario; y todo alrededor hay bajo-relieves que representan grupos de mujeres graciosas y sensibles que hacen gestos de salón.

Todo eso es arte debilitado, pero arte al fin; quiero decir que el escultor y sus contemporáneos tienen un gusto personal y verdadero, que aman ciertas cosas en su mundo y en su vida, que las imitan y las embellecen, que sus preferencias no son asuntos de academia, una obra de educación, una pedantería de libros, una preferencia de convención. Nada de eso hay en nuestro siglo. Por la frialdad, la insipidez, el rebuscamiento, la tumba de Canova, ejecutada según los dibujos dejados por él mismo, es ridícula; una gran pirámide de mármol blanco ocupa todo el plano, la puerta está abierta; allí es donde el artista quiere reposar como un Faraón en su sepulcro. Hacia la puerta se adelanta una procesión de figuras sentimentales, Atalas, Eudoras, Cymodoceas; un genio desnudo que apaga su antorcha, como el joven José de Bitaubé. Un león alado llora con desesperación; tiene el hocico sobre las patas delanteras, y éstas sobre un libro; necesitaría emplear veinte minutos un profesor de humanidades para comentar este drama alegórico.

No muy lejos de aquí se ha erigido al pobre Ticiano una tumba á manera de pórtico, enlucida y raspada como un reloj del imperio, adornada con cuatro lindas mujeres espirituales y pensativas, con dos pobres viejos de expresiva mirada y músculos agudos y salientes, y con dos jóvenes alados que traen en sus manos bellas coronas. Diríase que esos artistas están ayunos de toda impresión propia, que no tienen nada que decir por sí mismos, que el cuerpo humano no les habla, que están reducidos á buscar en sus carteras los adornos y las líneas, que todo su talento consiste en combinar una interesante charada según el último manual de estética y simbolismo. La muerte, sin embargo, es una cosa de la que parece natural que se hable sin libro, según la propia inspiración; pero empiezo á creer que no tenemos de ella otra idea sino la de que es *una cosa extrema*. La arrojamos de nuestro espíritu como á un huésped desagradable é incómodo; cuando asistimos á un entierro es por compromiso, y hablamos con nuestro vecino de negocios ó de literatura; hemos salido ya de la edad trágica. Si entreveamos alguna desgracia en el horizonte, será todo lo más un golpe de bolsa que nos hará pasar del primero al cuarto estado de la nación. Lo que nos preocupa es una infinidad diversa de pequeños placeres ó tráfigas, visitas, escrituras, conversaciones, vencimientos, etc., etc.

Distraídos y aplanados como estamos, ¿por qué parte de nuestra alma y de nuestra apariencia podríamos comprender las ansiedades, los terrores corporales y abandonados que antes se elevaban como montañas sobre el nivel de la vida humana. El arte vive de grandes partidos, como la crítica vive de pequeños matices com-

binados; por eso es por lo que no somos más artistas, más críticos.

La misma idea se viene á la mente cuando se miran las pinturas. Las hay admirables en una capilla dedicada al santo rosario. La una, de Ticiano, es el *Martirio de San Pedro de Verona*. Dominiquino ha repetido el mismo asunto en Bolonia, pero un terror innoble desfigura á sus personajes. Los de Ticiano son grandes como combatientes. Lo que admira en este cuadro no es la impresión gesticulante ó dolorosa de un rostro convulso, es el poderoso movimiento de una escena de muerte, la manera de colocar el brazo que hierde, los ropajes agitados de un fugitivo que corre, el aspecto magnífico de los árboles que extienden sobre la sangre y sobre las armas sus ramas verdes y sombrías. Más vehemente todavía es una *Crucifixión* de Tintoreto. Todo se mueve y se inclina; la poesía de la luz y de la sombra llena el aire de contrastes iluminados y lúgubres. Un rayo de amarillenta claridad baja sobre el Cristo desnudo, que parece un cadáver glorificado. A sus pies, las cabezas de las santas mujeres nadan en una corriente de aire espléndido; y el cuerpo del mal ladrón, salvaje y torcido, destaca bajo el cielo su rojiza musculatura. En esa tempestad del día turbado é intenso, parece que las cruces vacilan, que los victimas del suplicio van á precipitarse; para completar la fuerte emoción y el grandioso desorden, percíbese en el fondo, bajo una bruma luminosa, un amasijo de cuerpos resucitados que se elevan. La parte alta de las paredes está cubierta de pinturas parecidas y del mismo autor. El Cristo sube al cielo, y alrededor suyo, grandes ángeles desnudos atraviesan el espacio sonando furiosamente sus trompetas.

La Virgen vese elevada por una turba impetuosa de angelitos desnudos, mientras que allá abajo los apóstoles gritan y se inclinan. Por todas partes, en todos los lienzos, la luz vibra; no hay un átomo de aire que no se estremezca, y la vida se desborda de tal suerte, que transpira y hormiguea por las piedras, por los árboles, por la tierra, por las nubes, por toda forma y todo color, por la fiebre universal de la inanimada Naturaleza.

27 de Abril

**Santa María del Huerto, San Giobbe,**

**la Gindecca, los Gesuati**

Todos los días veo cuadros de Ticiano, de Tintoretto, del Veronés, pero no es preciso que hable hoy de todo eso; es un mundo demasiado rico y variado para que pueda referirlo todo de una vez. Tintoretto, particularmente, es extraordinario; no se tiene idea de él más que en Venecia.

Hoy corro á Santa María dell'Orto, para ver sus grandes pinturas *La adoración del becerro de oro* y *El juicio final*. La iglesia está cerrada, los cuadros han sido arrancados de allí, enrollados, depositados no se sabe dónde; el edificio parece abandonado; sobre el flanco hay un claustro ex-

cavado que sirve de almacén de maderas; la hierba verdea bajo las arcadas. He ahí una de mis mayores penas en Venecia.

El gondolero da vuelta á la ciudad por la parte Norte, y ante esta inmensa llanura de luz se olvidan todas las contrariedades, todos los disgustos. El mar no deja ver en el horizonte infinito más que pequeñas bandas lejanas de tierra que emergen bajo una verdura dudosa; extrañas calles de pueblo, casi desiertas, donde los ladrillos de las casas vacilan enrojecidas por el agua; donde los cimientos de las vigas, incrustados de conchas, se han agrupado de tal manera, que hacen temer un hundimiento. *San Giobbe* aparece; es una pequeña iglesia del Renacimiento, blanca y desnuda en el exterior, excepto una puerta, delicadamente adornada con gusto y elegancia. En el interior se desbordan las ornamentaciones; un monumento de Claudio Perrault, enfático sin ser vulgar, presenta sobre una urna de mármol negro un pequeño ángel dormido, grueso y vigoroso, que se diría pariente de los querubines flamencos; más abajo, leones coronados se agrupan con la grotesca solemnidad de las bestias heráldicas. Por decorada y maleada que esté una iglesia italiana, siempre encierra algo de bello ó de curioso; por ejemplo, aquí hay un bello lienzo de Paris Bordone, un viejo santo de grandes barbas blancas, que lleva su cruz entre dos compañeros, y á su lado un lindo claustro bordeado de columnas que se recogen en arcadas, y una cisterna bordada de hojas de acanto se extiende sobre una explanada de losas blanquecinas. He ahí el encanto de estos paseos, no saber lo que se va á encontrar; por todo bagaje se llevan en la cabeza dos ó tres nombres; deslízase uno sobre el agua sin ruido; nadie

os habla; pásase desde una iglesia dorada, poblada de figuras, á un barrio solitario y en ruinas. Parece que se ha libertado uno de su cuerpo, y que un hada ó un genio bienhechor se complace en hacer pasar espectáculos y fantasmagorías ante nuestra alma.

La góndola atraviesa Santa Clara y el exterior del Campo de Marte. Las grandes extensiones de agua se suceden cada vez mayores, y ondulaciones drapeadas ruedan lentamente bajo la brisa, con la más inexplicable mezcla de tonos apagados ó vivos. Aquí no hay más que agua ordinaria. Encerrada en los canales, enturbiada por los rezumamientos é infiltraciones de la colonia humana, ha tomado rojizas y terrosas tonalidades, colores de ocre pálido, negruras azuladas y fangosas, y parece un amasijo de veinte colores mezclados y confundidos en la misma paleta. Bajo el cielo del Norte sería lúgubre; bajo el resplandor del sol y de la seda azul pálido que tiene aquí toda la cúpula celeste, llena los ojos de un placer casi físico. Verdaderamente, se nada en la luz. El cielo la derrama, el agua la colora, los reflejos la centuplican, y la poesía de las siluetas de los palacios blancos y rosados vienen á completar la poesía del atardecer. Hasta en este barrio apartado y miserable vense palacios y fachadas decoradas con columnas. Casas burguesas ó pobres, tienen balcones encerrados en balaustradas, ventanas caladas de trefiles ó en forma de ojivas, relieves de follajes y espinas entrelazadas. Apodérase del cuerpo, fatigado de ver tanta belleza, un sueño dulce y encantado. En vano el canal de la Guindecia, casi vacío, parece esperar las flotas que antes poblaban su noble puerto. No se ven él más que colores y líneas; tres líneas y tres colores

forman todo el espectáculo; el ancho cristal moviente, blanco y sombrío, que torna con un duro calor brillante; sobre el agua destácanse en relieve la fila de barcas que remolca la corriente; más arriba, en fin, el cielo claro, infinito, casi descolorido.

El batelero aborda y pretende que es preciso ver la iglesia de los *Gesuati*. Vese una pomposa fachada de gigantescas columnas compuestas; después una nueva cuya columnata corintia se encasta pretenciosamente en anchos pilares; sobre bre los flancos, pequeñas capillas, cuyos frontis griegos sostienen cartelas recurvadas; un revestimiento de abigarrados mármoles, una infinidad de estatuas y bajorrelieves insípidos y peculiares; en el techo una bonita pintura de *boudoir* representa á una joven de finas piernas rosadas y desnudas. En fin, un lujo frío, una instalación de costosas minucias.

El siglo XVIII italiano es aún peor que el nuestro. Nuestras obras guardan siempre alguna finura; ellos se entregan libremente á la extravagancia. Ayer vi otra iglesia parecida á la anterior, la de los jesuitas. Sobre los muros y el atrio, mármoles verdes y blancos se incrustan los unos en los otros para formar flores y ramajes. Sobre las bóvedas, el oro enroscado dibuja vasos, pompones y rosas, y el techo parece un papel de salón, afelpado y dorado, cuyo precio tentaría á cualquier ricachón. Sería imposible contar las urnas, las liras, las llamas, los follajes, las guirnaldas blancas que se destacan en las cúpulas. Torneadas columnas de mármol verde veteado de blanco sostienen el dosel del altar, en el cual dos estatuas flacas y sentimentales, Cristo con su cruz y el Dios Padre, sentados sobre un enorme

globo de mármol blanco, aparecen sostenidos por ángeles; los dos están cobijados bajo un techo de mármol jaspeado, tan extravagante que no se puede contener la risa. El énfasis grotesco se demuestra hasta en las líneas arquitectónicas; no contentos con las formas ordinarias, han ensanchado la bóveda de su nave hasta darle una gruesa curvatura, parecida á la de un puente, y la han flanqueado de cúpulas que parecen el remate de un escudo. Se siente aquí el esfuerzo de la imaginación que trabaja en el vacío; que termina en una retórica de conceptos y superlativos, y que, con frases pomposas y políticas, coordina un culto de salón para las señoras y los mundanos.

Todas esas groserías de la decadencia desaparecen ante dos cuadros del gran siglo. El primero es una *Asunción*, de Tintoreto. Alrededor de la tumba de la Virgen, grandes figuras de ancianos se inclinan y se asombran con gestos trágicos; tienen esas posturas rudas y señoriales que tan bien concuerdan los pintores de Venecia con las arrugas de las telas y los efectos poderosos de la sombra, de la luz y del color. Más arriba, la Virgen asciende ante un torbellino, y las tintas pálidas, oscurecidas, cambiantes, de su túnica violeta, hacen aún más *remarcable* su vigorosa figura ensombrecida, su pequeña frente, sus cabellos que nacen muy sobre ésta y su actitud viril. Una mujer del pueblo, enérgica y espléndida como una reina, he ahí la idea que sobresale; ningún pintor ha amado antes de tal manera la fuerza y la sinceridad. Tintoreto vió en la calle á una vendedora ó una batelera, guardó la imagen salvaje y completa y la envolvió en el brillo patricio y oriental de las ceremonias de los príncipes; distribuye alrededor un diluvio de cabecitas, cuyos cuellos

tienen alas y que vienen á cubrir hasta los lienzos que contemplan los apóstoles. No se preocupa de si su lluvia de ángeles parece un plato de cabezas cortadas; de un golpe ha traducido sobre la tela su aparición instantánea, y se va; su obra está hecha.

El otro cuadro, un *San Lorenzo*, de Ticiano, parece la fantasía de un Rembrandt italiano, una visión en la sombra. Es de noche; no se distingue á primera vista más que una gran negrura, rasgada vagamente por dos ó tres luces. Hay una ancha calle. En una tinta pálida como la de una cueva donde se éxtingue una llama, destacanse confundidas, en negrura menos opaca, formas arquitectónicas, una estatua y una lejana multitud. Una extraña linterna, especie de antorcha encerrada en una jaula de hierro, luce en la extremidad de un palo, y la hoguera extiende por el suelo sus siniestros resplandores. Más allá, un soberbio verdugo, que parece un trágico mozo de cuerda, se inclina hacia adelante y los músculos de su pecho se hinchan con tonos vinosos, con poderoso relieve sobre su torso hercúleo. En torno suyo, negros reflejos se detienen sobre las corazas ó tiemblan sobre el acero bruñido de las lanzas. Sin embargo, un rayo de luz cae del cielo rasgando las tinieblas como una gloriosa señal; la huella luminosa llega al blanco cuerpo del mártir y muestra con su amarillenta luz las palpitaciones indistintas y el misterioso estremecimiento del polvo en la sombra.

27 de Abril

### Costumbres y figuras

Esta noche en el teatro Benedetto. Al regresar, á poco más de las doce, las calles mal alumbradas, tortuosas, como estranguladas entre las altas casas, parecen madrigueras de ladrones.

¡Pobre teatro! Está casi vacío; de la enorme cantidad de palcos hay una veintena ocupados, y éstos medio llenos nada más. Muchos burgueses y gente del pueblo están en butacas. Y la sala es bella. Representase esta noche *María Estuardo*, traducida de Schiller. Mañana se representará una interesantísima comedia del señor Dumas, padre, *Mademoiselle de Belle-Ile*. Ya he visto otras de él en Florencia. Proveemos á toda Europa de vaudevilles, comedias, agradables romances, objetos de *toilette*, etc. En el extranjero he visto sobre la mesa de los grandes señores colecciones de cánciones picantes, y en las bibliotecas espléndidas los romances de Paúl de Kock, ricamente encuadernados, ocupando el primer puesto. Así se nos juzga por ahí; maestros de baile, peluqueros, vaudevillistas, loretas, modistas, y puede ser que se nos concedan otros títulos, salvo acaso el de que tengamos algo de soldados.

El personal del teatro es tan lastimoso, que resulta imposible. Las figuras de los músicos son dignas de pintarse; diríase que eran viejos sastres gordos y fatigados. El apuntador habla tan alto,

que su voz hace un bajo continuo. María Estuardo, vestida de terciopelo negro, tiene manos de portera; bien es verdad que guisa para sí misma y blanquea su cuarto; por lo demás, tiene vigor; más todavía, demuestra una energía brutal. Isabel, con una peluca roja, ridículamente ataviada con cintajos y cuentas de vidrio, le responde con voz ahogada y silbante; son dos mujeres del mercado que riñen. Para inducir á Mortimer á que asesine á su rival, se agita como una poseída. Todos son horriblemente cargantes; acaso sea eso necesario en un teatro italiano. Se ha hecho salir á escena tres veces á María Estuardo después de la escena en que injuria á su rival Isabel.

Este no es más que un teatro secundario. El Fenicia y los otros principales están cerrados. La nación es tan hostil hacia Austria, que un noble, político ó indiferente, no se atrevería á ir; parecería una demostración de alegría y sería criticado ó silbado. Con semejantes disposiciones, claro es que los teatros vienen abajo. También viene abajo todo lo demás. La Gindecca, que es un puerto espacioso, no tiene casi ningún navío; el comercio y los negocios van á Trieste. La ciudad está cortada por las aduanas en el Milanesado. No se trabaja; la tristeza languidece todos los esfuerzos y todos los placeres; los nobles viven enclaustrados en sus tierras; muchos palacios se hunden y otros parecen abandonados. De ciento veinte mil habitantes hay cuarenta mil pobres, y de éstos veinte mil piden limosna y están apuntados en las listas de socorros. He visto el informe del podestad conde Pedro Luis referente á los últimos cuatro años. Los gastos ascienden á 780.000 florines: 10.000 son para la instrucción, 129.000 para la beneficencia y 94.000 más para la caridad pública. He ido á ver

el hospital de locos y he hojeado las estadísticas: los malos alimentos, el exceso de miseria, son los que más proveen de locos al establecimiento. Hay que advertir que los impuestos son abrumadores. Se me cita una casa que gana 1.000 florines y paga 400 de impuestos. Un *podere*, es decir, una tierra con una casa para habitar, da de renta 1.130 libras y paga 500 de contribución. Otra casa en Venecia renta 238 florines y paga 64. En general un terreno paga el tercio de lo que rinde. Devorado ese buen trozo, los dientes del fisco trabajan sobre la otra porción que resta. Por otra parte, los derechos de sucesión, de transmisión, de consumación y demás, luego el impuesto pagado por el domicilio y el impuesto gravado sobre la patente del comerciante: es una especie de *income-tax*, como en Inglaterra. Según el negociante que me facilita estos datos, su tarifa es de veinte. Un comerciante paga el veinte de sus presuntos beneficios y un empleado el veinte de su sueldo. Tanto peor para él si al cabo del año su ganancia es menor de lo que se había presumido; tanto peor para él si no ha ganado nada; tanto peor aún si ha perdido. Ha sido obligado de antemano á prestar conformidad bajo juramento. Si se comprueba que ha ocultado una parte de sus beneficios, paga una gruesa multa, y á la segunda vez sufre la pena impuesta á los falsarios. Espías escogidos para esta misión, hacen una información acerca de él, calculan lo que gasta por día; tanto para su habitación, tanto para sus criados y dependientes, tanto para su alimento; después conjeturan el beneficio restante según los gastos totales, y con respecto á eso, comprueban su declaración. Esta es una especie de inquisición que recorre todas las industrias, y gracias á esta miseria y á esta iner-

cia, los extranjeros son los únicos que tienen dinero; nadie se lo disputa. En ninguna parte de Italia está la vida más arreglada para un viajero; una góndola por un día entero cuesta cinco francos; á la menor señal se acercan los gondoleros, hácese competencia y os suplican todos que aceptéis sus servicios para toda la semana, ofreciéndoo rebajas; no hay otra ciudad donde el hombre de medianos recursos y amante de lo bello pudiera hacerse rico y entregarse á sus inclinaciones favoritas; para ello es suficiente olvidar la política. Cierto es que los venecianos no la olvidan. Un aldeano á quien pregunto si en este país se quiere á los austriacos, me responde: «Les queremos, pero fuera de aquí.» Mi pobre y viejo gondolero me habla de su miseria, y agrega, á modo de consuelo: «Garibaldi hará algo.»

Parece que aquí hasta el maire, magistrado oficial, es patriota. Sábese que en 1848 el pueblo, armado de pedazos de baldosas rotas, expulsó á los soldados austriacos y se defendió con un valor desesperado después de la derrota de los piemonteses en Novara. Cuando en la última guerra la escuadra francesa apareció frente á la ciudad, esto fué un delirio, y lo que es más aún, un delirio contenido. Al primer cañonazo iba á estallar la revolución; gentes del pueblo, gondoleros, todos estaban dispuestos. Muchos se han vuelto locos al enterarse del armisticio. Muchos han emigrado y se han establecido después en Lombardia. No pueden acostumbrarse á la idea de que Venecia, la única que en Italia durante tantos siglos había exasperado á todas las dominaciones extranjeras, viva sola en Italia en manos de los extranjeros.

Figuraos que hay en una familia cinco ó seis

hermanas que se hacen señoras, y la última, la más bella, la encantadora Cendrillon, se queda de criada.

Pero criada ó señora, será siempre para un viajero la más graciosa y poética de todas. Cuando se la ve, cuesta trabajo acordarse de sus graves intereses, de sus negocios de Estado; austriaca ó italiana, es una hada. Desearíase vivir aquí siempre. ¡Qué delicioso sueño artístico pasaría yo durante seis meses! ¡Qué encantador paseo por la historia y las artes! Hay un breviario en la biblioteca de San Marcos, al que Hemling, el gran pintor de brujas, ha cubierto de figuras delicadas. Hay efemérides de Sanudo en cincuenta y ocho volúmenes escritos día por día y contando al detalle las costumbres de los comienzos del siglo XVI, la más hermosa época de la pintura. ¡Qué dichosa sería la vida de un historiador amante de cuadros que viniera aquí á ver, soñar y escribir! Vería en el techo de la biblioteca la *Adoración de los Magos*, del Veronés; los personajes están encuadrados entre dos grandes arcos; la noble cabeza blanca y la espléndida vestidura rameada del primer rey, su cortejo, la colocación de todas las figuras, ese caballo blanco que se encabrita, sujeto por un esclavo ampliamente vestido; arriba los dos ángeles, con la deliciosa carnación de sus piernas desnudas y la rara belleza de sus túnicas rosadas que parecen templadas en mágica luz. Sentiría la idea que se aparta de toda esta pompa, la de la fuerza dichosa, expansiva, abandonada, pero siempre noble, que nada en plena prosperidad y en plena salud. Bajaría las gradas de mármol y contemplaría el lujo más asombroso que pueda poseer ningún monarca de Europa. Vería sobre un muelle, en la sombra ma-

tizada de reflejos, algunas de esas figuras que en otro tiempo han servido de asunto á los grandes pintores; una jovencita blonda y rosada, cuyos cabellos se esparcen en torno de la frente y juegan en locos rizos; el tono sombreado y rojizo del rostro y cuello de un batelero, bajo su viejo sombrero de paja; la gruesa nariz emballenada, los ojos vivos, la amplia barba gris de un viejo que hubiera servido de modelo para los patriarcas de Ticiano; el cuello blanco un poco grueso, las rosadas mejillas, los bellos ojos rientes, la ondulada cabellera de una joven que pasa recogiendo la falda. Sentiría la fecundidad y la libertad de los genios que, de esas minucias esparcidas é incompletas han sacado una tan rica y majestuosa sinfonía. Iría, en el muelle de los Esclavones, hacia un pequeño banco bien conocido por mí, y allí, en la fresca sombra, contemplaría los maravillosos esparcimientos del sol, el mar todavía más iluminado que el cielo, las grandes olas que se suceden llevando sobre sus espumas chispas de luz, pacíficas é innumerables; las pequeñas ondas, los remolinos que se estremecen bajo cascadas de oro; más lejos las iglesias, las casas encarnadas que se elevan como en medio de un pulido espejo, y este eterno cúmulo de esplendores que parecen en conjunto una bella sonrisa. Pasaría á los jardines públicos para ver las islas lejanas, los indistintos bancos de arena, la mar que se entreabre. Todo está llano, hasta el horizonte; es una planicie brillante y jaspeada de chispas, de un azul verdoso de turquesa oscura. Los ojos serían siempre vírgenes para esta sensación, no se cansarían nunca de contemplar esos bloques de madera que parecen puntos negros sobre el azul; esas islas planas que forman una

pequeña raya delicada en el límite en que el mar se confunde con el cielo; más lejos un campanario; la blanca azotea de una casa iluminada por el sol, y que á esta distancia parece grande como la mano; y acá y allá la vela rojiza de una barca pescadora que regresa lentamente impulsada por la brisa. Acabaría la jornada en la plaza de San Marcos, entre un sorbete y un ramo de violetas, escucharía uno de esos aires de Bellini ó de Verdi que tocan los músicos ambulantes, y entretanto alzaría los ojos sobre la plaza iluminada, para ver el cielo, que parece una cúpula de terciopelo negro incrustado de clavos de plata; seguiría con mirada soñadora el contorno de la basílica que, blanca como una joya de mármol, redondea en las tinieblas sus ramilletes de columnas y sus encajes de estatuas. Y habría pasado un año como un fumador de opio, tanto mejor; el solo medio eficaz de soportar la vida es olvidarla.

### Los últimos siglos

De ese modo, sobre poco más ó menos, es como los hombres de este país han podido soportar su decadencia. Esta hermosa ciudad ha terminado, como sus hermanas las republicas griegas, siendo pagana, por su molicie y su voluptuosidad. De tiempo en tiempo suele encontrarse, sin embargo, un Francisco Morosini, que, como Aratus y Filomeno, renueva el heroísmo y las victorias de los antiguos días; pero, á partir del siglo XVII, el gran camino se ha cerrado. La ciudad municipal y limitada es débil, como Atenas y Corinto, al

lado de sus poderosos vecinos militares; se la deja ó se la tolera. Los franceses y los alemanes violan impunemente su neutralidad, pero ella subsiste, y nada más; no pretende otra cosa. Los nobles no se preocupan más que en divertirse; la guerra y la política no ocupan más que un lugar secundario; Venecia es galante y mundana. Con Padovino y Palma el Joven termina la pintura de las grandes escuelas, los contornos se debilitan y se hacen redondos; la inspiración y el sentimiento disminuyen, la frialdad y el convencionalismo vienen á reinar; ya no se saben hacer cuerpos enérgicos y sencillos; el último de los decoradores de techos, Tiépolo, es un amanerado que en sus cuadros religiosos busca lo melodramático, y en sus cuadros alegóricos el movimiento efectista que, tomando su partido, trueca sus columnas, vuelve boca abajo sus pirámides, desgarras sus nubes, disemina sus personajes, dando á sus escenas el aspecto de un volcán en erupción. Con él, con Canaletti, Guardi y Longhi, comienza otra pintura: la de género y paisaje. La imaginación va en descenso; copianse escenas insignificantes de la vida real y bellos puntos de vista de los próximos edificios; imitanse los dominós, las delicadas minucias, los gestos provocativos y las coqueterías de las damas contemporáneas. Se las representa haciendo su *toilette*, dando lección de música, levantándose del lecho; se pintan encantadoras tonterías; vemos en estos cuadros á las bellas lánguidas y sonrientes, malignas y burlonas, verdaderas reinas de *boudoir*, cuyos pequeños pies calzados de satén, cuyo talle flexible, cuyos brazos cubiertos de finos encajes, ocupan la atención de los hombres. El gusto se afina y se apasiona por esas pequeñeces, al mismo tiempo que se vuelve

insípido y reducido. Pero este crepúsculo de la ciudad desgastada es tan dulce y tan brillante como una puesta de sol veneciano. Con la indolencia, la gracia es superabundante. No se ven más que fiestas públicas y privadas en las memorias de los escritores y en los cuadros de los pintores. Tan pronto es un aparatoso festín en un soberbio salón de paredes festoneadas de oro, con altas ventanas, cuyas vidrieras relucen bajo cortinas de pálido carmesí; el dux, vestido con su toga, come junto á los otros magistrados, envueltos en túnicas de púrpura; visitantes enmascarados pasean por los *parquets*, y no hay nada más elegante que la exquisita pequeñez aristocrática de sus pies, de sus cuellos desnudos, de su diminuto tricornio y de sus descotados vestidos ahuecados de seda pajiza ó gris perla. Tan pronto es una regata de góndolas, y vese en el mar, entre San Marcos y San Jorge, al enorme *Bucentauro*, como un acorazado cubierto de escamas de oro, en torno del cual varias escuadrillas de barcas hunden en el agua sus picos de acero. Una multitud de dominós de ambos sexos circula por la plaza; el mar parece una brillante pizarra bajo el cielo de un azul desvanecido, acolchado de copos de nubes, y alrededor, como un marco precioso, como una fantástica orla bordada y calada, los Procuradores, las cúpulas, los palacios y los muelles, cargados de una muchedumbre locamente alegre, rodeando la gran extensión del agua.

Algunos señores que están en Pavia con Goldoni, hacen venir, para volver á Venecia, una gran barca de recreo cubierta con una tienda de seda, adornada de pinturas y esculturas, provista de libros é instrumentos de música; son diez los dueños de esta embarcación y no viajan más que

durante el día, lentamente, escogiendo buenos albergues, ó bien, á falta de eso, haciendo noche en los ricos monasterios de benedictinos. Todos tocan algún instrumento, unos el violoncello, tres el violón, dos el óboe, otro el cuerno de caza y otro la guitarra. Goldoni, que es el único que no sabe música, pone en verso los pequeños sucesos que ocurren durante el viaje y los recita después de los postres, al tomar el café. Cada noche suben sobre el puente á darse un concierto, y los habitantes de ambas riberas acuden en tropel, agitan sus pañuelos y aplauden. Llegados á Cremona, son acogidos con grandes transportes de alegría; se les ofrece una magnífica cena, vuelve á comenzar el concierto, los músicos del país se unen á ellos y todo el mundo danza. En cada nueva posada reina la misma alegría.

No puede imaginarse una más pronta y universal armonía del placer inteligente. Los que protestan y, como Misson, vienen á observar este género de vida, no comprenden nada y no refieren más que escándalos. El modo de considerar las cosas es tan pagano como en tiempos de Golgbio; y esto consiste en que las preocupaciones morales y la idea germánica del deber no han podido jamás echar aquí raíces. En tiempos de la Reforma, un escritor declaraba ya «no haber conocido un solo veneciano que fuese partidario de Lutero, Calvino y demás; todos siguen las doctrinas de Epicuro y de Cremonini, su intérprete, primer profesor de filosofía en Padua, el cual afirma que nuestra alma está engendrada, como la del animal bruto, por medio del semen, y que por consiguiente es mortal... Y entre los partidarios de esta doctrina hállase lo más selecto de la ciudad, especialmente los que tienen mano en el gobierno de

la misma». A decir verdad, no se han ocupado nunca de la religión más que para reprimir la ambición del pontificado; teoría y práctica, instintos é ideas han sido heredados de las costumbres y del espíritu antiguo, y su cristianismo no es más que nominal. Como los antiguos, primero han sido héroes y artistas; después voluptuosos y *dilettantis*; en uno como en otro caso, han reducido, como los antiguos, la vida al presente. En el siglo XVIII podría comparárseles á esos tebenses de la decadencia que se asociaban para comerse sus bienes entre todos, y al morir legaban el resto de sus fortunas á los supervivientes de sus banquetes. El carnaval dura seis meses; todo el mundo, lo mismo los sacerdotes que el guardián de los capuchinos, el nuncio, los niños más pequeños, las gentes que van al mercado, todos llevan careta. Vense pasar procesiones de enmascarados vestidos de franceses, abogados, gondoleros, calabreses, soldados españoles, danzando y tocando instrumentos de música; el pueblo les sigue, aplaude ó silba. Libertad completa; príncipe ó artesano, todo el mundo es igual; cada uno puede apostrofar á las máscaras.

Pirámides de hombres hacen «cuadros de fuerza» en medio de las plazas; los arlequines dan saltos al aire libre. Hay abiertos siete teatros. Los improvisadores declaman, y los comediantes improvisan divertidas escenas. «¿No hay ciudad donde la licencia reine más descaradamente!» (1) El presidente De Brosses cuenta doble cantidad de cortesanas que en París, todas con una dulzura y unos modales encantadores, y algunas de

(1) Véanse las pinturas del Carnaval, por Tiépolo, y las Memorias de Goldoni.

gran tono: «En la época de Carnaval hay bajo los arcos de los Procuradores tantas mujeres acostadas como de pie. Recientemente se han arrestado quinientas corredoras de amor.» Júzguese del tráfico. Pero la opinión le favorece; un noble hace venir á su querida en una góndola para reunirse con ella al salir de San Marcos; un procurador en ropas interiores cambia públicamente desde su ventana ademanes incitantes y señas indecorosas con una aventurera que vive frente á su casa. «Un marido no tiene reparo en decir en su misma casa que va á comer con su querida, y su esposa le envía al efecto todo cuanto él dispone.»

Por otra parte, las mujeres se desquitaban; todo les estaba permitido. «Es mujer casada.» Esa palabra lo excusa todo. «Sería una especie de deshonor para una mujer no tener más que un hombre, públicamente, á su cuenta.» El marido no la acompaña nunca, eso sería ridículo; acepta en su puesto un sustituto. A veces este suplente está designado en el contrato; va por la mañana cuando la dama se levanta, toma el chocolate con ella, la ayuda en su *toilette*, la conduce, la acompaña y la sirve. A menudo sucede, si ella es muy noble, que tiene cinco ó seis, y es curioso el espectáculo en las iglesias cuando da el brazo á uno, el pañuelo á otro y á otros los guantes ó el chal.

La moda pasa á los conventos. «Ninguna joven religiosa bien nacida deja de tener su correspondiente caballero.» La mayor parte de ellas han sido enclaustradas á la fuerza y dicen que quieren vivir como mujeres del mundo. Están encantadoras con sus cabellos rizados y ondulados, con su pequeña punta de gasa blanca que avanza sobre su frente, con su hábito de jerga blanca y con las flores que ponen sobre su pecho descubierto.

Pueden ver á quien les agrada, envían á sus amigos bombones y ramilletes; durante el carnaval se disfrazan con trajes de corte, ya de hombre, ya de mujer; así acuden al locutorio y hacen ir á las cortesanas enmascaradas. Ellas mismas salen del convento y se las puede ver en este desvergonzado cuadro de Casanova que representa á lo vivo tales escenas. De Brosses cuenta que á su llegada las intrigas se sucedían en los conventos para «ver cuál de ellos había de dar una manceba al nuevo nuncio».

A decir verdad, la familia no existía. Desde el siglo XVII los hombres decían «que el matrimonio es puramente una ceremonia civil que ata la opinión, pero no la conciencia». De varios hermanos se casaba uno, por regla general el más tonto, al que se encargaba de perpetuar la raza; los demás vivían bajo el mismo techo y eran amantes de su hermana política. Se convenían tres ó cuatro para sostener á la misma querida á gastos comunes. Los pobres trafican con sus hijas todavía pequeñas. «De diez que se abandonan—dice Saint-Didier—hay nueve cuyas madres y tías han empezado á comerciar con ellas.» Y siguen detalles que parecen tomados de los bazares de Oriente. Con la disolución de la casa viene el abandono del hogar. No hay visitas; la gente se encuentra en los casinos públicos ó privados; los hay para señoras y para caballeros. No se hace vida en familia; un palacio es un museo, un recuerdo de familia donde se duerme por la noche. «En el palacio Foscarini hay doscientas habitaciones, todas cargadas de riquezas, pero falta un cuarto de aseo; la extremada delicadeza de los adornos y esculturas hace imposible que ninguna cámara sirva para tales fines.» No hay autoridad domés-

tica. «Los padres visten ricamente á sus hijos desde que empiezan á andar.» Vense niños de cinco ó seis años con casacas negras de esclavina, guardadas de encajes y bordadas de oro ó plata. Están pervertidos hasta el exceso; el padre no se atreve á reprenderles. A los diez y siete ó diez y ocho años se les dan queridas. Un procurador, afligido de no tener nunca en casa á su hijo porque pasa la vida al lado de una cortesana, le ruega él mismo que la traiga á su domicilio. El relajamiento va desde los medios á las costumbres. Se ve á las gentes acudir á misa y al mercado con zapatillas y en traje de casa bajo su manto de calle. Una multitud de nobles indigentes vive como parásitos á expensas de los dueños de los cafés, para los que constituyen una verdadera plaga. Otros, casi arruinados, pasan la mitad del día en el lecho; los dedos de sus pies salen por sus agujereados zapatos, y sin embargo, el capellán de la casa les hace honor presentándose vestido con riqueza. En medio de esta relajación, que sigue á la muerte de las virtudes militantes, subsiste un solo punto viviente, el gusto de lo bello. La espiritual y fina pintura de paisaje y de género florece casi hasta los últimos días. La música nace y bien pronto pasa desde la iglesia al teatro. Cuatro hospicios de niñas abandonadas proveen á los conventos de músicas y cantoras admirables. La mayor parte de los días hay en las orillas del Gran Canal academia con música, y «con un alocamiento inconcebible» el pueblo se estrecha en las góndolas y en los muelles para escuchar. En el teatro, la fina y caprichosa fantasía de Gozzi borda sobre toda esta miseria un tisú diáfano de dorados ensueños y de grotescas diversiones. Las razas nobles son bellas en su misma rui-

na; la imaginación poética que ha iluminado los fuertes años de su juventud les acompaña hasta la tumba para calentar y colorear los últimos instantes de su vida, y este privilegio salva su decrepitud, como su edad adulta, de los dos solos vicios que son imperdonables: la aspereza y la vulgaridad.

### El Lido

Aquí no puede hacerse nada más que soñar; aun *soñar* es una palabra falsa, puesto que designa una simple divagación del cerebro, un vaivén de ideas vagas: los ensueños de Venecia son con sensaciones, no con ideas. Por la centésima vez, hoy, á la caída del sol, he notado el color particular que toma el agua del mar en las cercanías de los bancos de arena; son tintas leonadas de bronce florentino, en las cuales relampaguean sinuosamente grandes resplandores. El rojo de Occidente se despinta y se transforma en tonos anaranjados, verdosos ó rojizos. A veces se convierten en verdaderos arreboles de aurora, como una tapicería de seda que se alza y baja á impulsos del aire. Más allá, los infinitos movimientos imperceptibles de la gran sábana azulada se mezclan y se unen, extendiendo entre el mar y el cielo una red de blancuras listadas; la góndola nada en la luz; en torno solamente es donde se ve el verde confuso del mar, siempre cambiante y siempre el mismo.

Al cabo de una hora se arriba al Lido: es un largo banco de arena que protege á Venecia con-

tra el verdadero mar. En el centro hay una iglesia con un caserío alrededor, cercado de jardines, cuyas empalizadas son de esteras de paja trenzada; están cubiertos de nacies árboles frutales, todos en flor. A la izquierda destácase una alameda de árboles más viejos, pero renovados por la primavera, que ya está á las puertas. Sus redondas copas están blancas como los ramilletes de las desposadas. Avanzo como unos trescientos pasos más y... he aquí el mar, el gran mar; no inmóvil y cambiante lago como en Venecia, sino salvaje y ruidoso, con el eterno choque de su flujo y reflujo, con la espumosa efervescencia de sus olas. No hay nadie en esta inmensa faja de arena; todo lo más suele distinguirse de vez en cuando al salir del recinto murado el capote gris de algún centinela. Ningún ruido humano. Camínase en silencio, y poco á poco se siente uno envuelto en la gran voz monótona de la Naturaleza. Las pisadas quedan impresas en la blanda arena; los pies hacen crujir las conchas que pisan; los pequeños cangrejos huyen á centenares y se salvan dejándose conducir por las olas, que les hacen desaparecer. La noche se avecina, y al Oriente y frente á mí, va ennegreciéndose. En la obscuridad, que empieza á extenderse, distingo todavía dos ó tres velas blancas de navio; bórranse; los tonos verdosos del agua se ensombrecen y se confunden en la noche universal; sólo de tiempo en tiempo, una ola hace rodar á mis pies la nieve de su espuma, que apenas me deja percibir la creciente obscuridad, y se deshace en la playa con suave choque. De todas partes se eleva algo así como el sordo clamor de una jauría lejana, un infinito y ronco rugido que, borrando otras sensaciones, viene á sobresaltar el alma con sus amenazas y hace eco

á una idea perdida ya en Venecia: la de la fuerza indomable y amenazadora del mar.

Al regresar, por la parte donde se ocultó el sol, el cielo está como un ascua, y el conjunto de casas, de torres y de iglesias, destaca sobre el rojizo resplandor su opaca negrura. Es verdaderamente la imagen de un incendio monstruoso, como los que hubo en los trastornos de la superficie terráquea cuando una erupción de lava destruía la vegetación secular. Parece que una fragua inmensa llamea allá abajo, más allá del alcance de la vista, pero cuyas chispas vuelan en igneos torbellinos ante los ojos, con la sombría escarlata de los troncos que arden todavía, y los carbones apagados, amontonados y hundidos por el desplome y el crujido de los grandes bosques. Sus fúnebres sombras se prolongan hasta lo infinito en el agua rojiza, y vienen á perderse en la noche, que ya ha extendido su manto sobre alta mar.

*29 de Abril*

### La torre de San Marcos

He prometido escribirte acerca de la pintura veneciana, y de un día para otro lo he ido definiendo. Hay grandes obras en abundancia, y el trabajo es demasiado original; se tienen demasiadas sensaciones, se vive aquí demasiado llanamente

y demasiado aprisa; se está como en una selva verde y espesa; es más cómodo sentarse y mirar, que buscar un sendero ó abarcar un conjunto; déjase uno guiar por la indolencia y se hace pere-zoso; acuérdase siempre de que es preciso ver ó volver á ver de nuevo tal ó cual cosa; pero no se realiza nunca el deseo y acábase por abandonarse de alma y cuerpo. Me digo á mí mismo: «Mañana.» Y al siguiente día viene una nueva idea; por ejemplo, hoy, al levantarme, ocurrióseme subir á la torre de San Marcos.

Desde lo alto de la torre es desde donde se distingue á Venecia y toda la laguna; desde semejante altura, las obras humanas parecen trabajos ejecutados por castores; la Naturaleza vuelve á sobresalir tal como ella es, sola substancia, enorme, apenas salpicada acá y allá por nuestra efímera y pequeña existencia. Todo es tierra y agua; no se percibe más que una gran superficie plana, limitada al Norte por una muralla.

Después de contemplar tan hermoso é imponderable espectáculo, nada más me queda que hacer aquí.